

Teatro del siglo XX: Valle-Inclán, García Lorca y Buero Vallejo

Texto 1: Ramón María del Valle-Inclán, *Luces de Bohemia* (1920).

Esta obra teatral recoge, desde un atardecer hasta la mañana siguiente, las últimas horas de vida de Max Estrella, excéntrico y patético poeta ciego, a quien acompaña su "lazarillo", el estrafalario y vil don Latino. En quince rápidas escenas recorreremos diversos ambientes: la miserable buhardilla del protagonista, una librería, una taberna, las calles, un calabozo... Desfilan asimismo las más variadas gentes: borrachos, mujerzuelas, poetas modernistas, un anarquista, un ministro...

Escena XII (fragmento): en esta escena va a morir Max Estrella de un ataque, tal vez con el corazón destrozado por cuanto acaba de vivir; pero antes de morir, en este famoso diálogo con don Latino, Valle-Inclán pone en boca del personaje su concepción del "**esperpento**": una nueva estética basada en la distorsión, que mezcla rasgos trágicos y grotescos. Revela una visión ácida y violentamente disconforme con la **realidad española de la época**.

Max: ¿Debe estar amaneciendo?

Don Latino: Así es.

Max: ¡Y qué frío!

Don Latino: Vamos a dar unos pasos.

Max: Ayúdame, que no puedo levantarme. ¡Estoy aterido!

Don Latino: ¡Mira que haber empeñado la capa!

Max: Préstame tu carrik¹, Latino.

Don Latino: ¡Max, eres fantástico!

Max: Ayúdame a ponerme en pie.

Don Latino: ¡Arriba, carcunda²!

Max: ¡No me tengo!

Don Latino: ¡Qué tuno eres!

Max: ¡Idiota!

Don Latino: ¡La verdad es que tienes una fisonomía algo rara!

Max: ¡Don Latino de Hispalis, grotesco personaje, te inmortalizaré en una novela!

Don Latino: Una tragedia, Max.

Max: La tragedia nuestra no es tragedia.

Don Latino: ¡Pues algo será!

Max: El Esperpento.

Don Latino: No tuerzas la boca, Max.

Max: ¡Me estoy helando!

Don Latino: Levántate. Vamos a caminar.

1 Especie de abrigo capeado.

2 Carca.

Max: No puedo.

Don Latino: Deja esa farsa. Vamos a caminar.

Max: Échame el aliento. ¿Adónde te has ido, Latino?

Don Latino: Estoy a tu lado (...)

Max: El esperpentismo lo ha inventado Goya.

Don Latino: ¡Estás completamente curda!

Max: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

Don Latino: ¡Miau! ¡Te estás contagiando!

Max: España es una deformación grotesca de la civilización europea.

Don Latino: ¡Pudiera! Yo me inhibo.

Max: Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

Don Latino: Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato³.

Max: Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

Don Latino: ¿Y dónde está el espejo?

Max: En el fondo del vaso.

Don Latino: ¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo!

Max: Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España.

Don Latino: Nos mudaremos al callejón del Gato.

Texto 2: Federico García Lorca, *Yerma* (1924).

Esta obra narra la historia de una campesina de nombre Yerma, frustrada por no poder engendrar hijos con su marido, Juan. Se explora el conflicto interno de una mujer casada que anhela y busca infructuosamente ser madre, para sentirse una mujer completa. La tragedia de la protagonista es anunciada por su nombre y materializada por la posible esterilidad de su pareja. Juan, su esposo, no puede ni quiere engendrar hijos. El hecho de que Yerma mate a su marido hace oficial su realidad y su tragedia. Sus convicciones morales no le permitían tener hijos con otro hombre que no fuera Juan, mientras éste viviera. Irónicamente, la acción de Yerma es una respuesta radical y tradicionalista al mismo tiempo.

El tema principal de la obra es instinto frente a represión, ya que Yerma lucha porque su instinto le dice que debe ser madre, pero no lo logra, y por eso termina odiándose. Por un lado, a través de un gesto radical, se libera de la esterilidad de Juan aunque no de su tragedia personal. Por otra parte, la determinación de Yerma de matar a Juan obedece en parte a su deseo de cumplir con una función impuesta por la sociedad; quiere tener hijos como las mujeres casadas que viven a su alrededor.

Consciente del éxito del drama rural de teatro, Lorca elabora esta tragedia basándose en una conjugación de mito, poesía y sustancia real, tratando de retratar a una mujer a su vez oprimida y liberadora de sí misma.

³ Calleja vecina a la Puerta del Sol de Madrid, en la que hubo un comercio cuya fachada presentaba varios espejos deformantes como atracción.

Fragmento del acto II

Yerma: Pero yo no soy tú. Los hombres tienen otra vida: los ganados, los árboles, las conversaciones; y las mujeres no tenemos más que esta de la cría y el cuidado de la cría.

Juan: Todo el mundo no es igual. ¿Por qué no te traes un hijo de tu hermano? Yo no me opongo.

Yerma: No quiero cuidar hijos de otras. Me figuro que se me van a helar los brazos de tenerlos.

Juan: Con este achaque vives alocada, sin pensar en lo que debías, y te empeñas en meter la cabeza por una roca.

Yerma: Roca que es una infamia que sea roca, porque debía ser un canasto de flores y agua dulce.

Juan: Estando a tu lado no se siente más que inquietud, desasosiego. En último caso debes resignarte.

Yerma: Yo he venido a estas cuatro paredes para no resignarme. Cuando tenga la cabeza atada con un pañuelo para que no se me abra la boca, y las manos bien amarradas dentro del ataúd, en esa hora me habré resignado.

Juan: Entonces, ¿qué quieres hacer?

Yerma: Quiero beber agua y no hay vaso ni agua; quiero subir al monte y no tengo pies; quiero bordar mis enaguas y no encuentro los hilos.

Juan: Lo que pasa es que no eres una mujer verdadera y buscas la ruina de un hombre sin voluntad.

Yerma: Yo no sé quién soy. Déjame andar y desahogarme. En nada te he fallado.

Juan: No me gusta que la gente me señale. Por eso quiero ver cerrada esa puerta y cada persona en su casa.

Yerma: Hablar con la gente no es pecado.

Juan: Pero puede parecerlo. (Sale la otra hermana y se dirige a los cántaros, en los cuales llena una jarra.) (Bajando la voz.) Yo no tengo fuerzas para estas cosas. Cuando te den conversación, cierras la boca y piensas que eres una mujer casada.

Yerma. (Con asombro.) ¡Casada!

Juan: Y que las familias tienen honra y la honra es una carga que se lleva entre todos. (Sale la hermana con la jarra, lentamente.) Pero que está oscura y débil en los mismos caños de la sangre. (Sale la otra hermana con una fuente, de modo casi procesional. Pausa) Perdóname. (Yerma mira a su marido; éste levanta la cabeza y se tropieza con la mirada.) Aunque me miras de un modo que no debía decirte perdóname, sino obligarte, encerrarte, porque para eso soy tu marido. (Aparecen las dos hermanas en la puerta.)

Yerma: Te ruego que no hables. Deja quieta la cuestión. (Pausa)

Juan: Vamos a comer. (Entran las hermanas. Pausa) ¿Me has oído?

Yerma: (Dulce.) Come tú con tus hermanas. Yo no tengo hambre todavía.

Juan: Lo que quieras. (Entra).

Texto 3: Antonio Buero Vallejo, *Historia de una escalera* (1949).

La obra escribe la fatalidad que persigue a los vecinos de una casa modesta, quienes no pueden, de ninguna manera, mejorar su condición social de "pobres": tres generaciones (primera: Doña Asunción, Paca, etc.; segunda: Fernando, Urbano, Carmina, Elvira, etc.; tercera: Fernando hija, Carmina hija, etc.) están condenadas a vivir en la mediocridad, a la sombra de la escalera de una casa de vecindad. Este hecho supone el fracaso continuo de los personajes, por un lado como componentes de una sociedad que no tiene esperanzas de mejora, por otro, como seres individuales que se condenan ante la imposibilidad de ver realizados sus sueños. Además, esta situación llevará a algunos de ellos a la desgracia. Buero termina la obra con un final abierto: ¿podrán Fernando y Carmina hijos, a través de un amor prohibido por sus padres, librarse de la escalera, de la mediocridad de esas vidas?

Fragmento a) del acto I

Un tramo de escalera con dos rellanos, en una casa modesta de vecindad. Urbano llega al primer rellano. Viste traje azul mahón. Es un muchacho fuerte y moreno, de fisonomía ruda, pero expresiva: un proletario. Fernando lo mira avanzar en silencio. Urbano comienza a subir la escalera y se detiene al verle.

Urbano: ¡Hola! ¿Qué haces ahí?

Fernando: Hola, Urbano. Nada.

Urbano: Tienes cara de enfado.

Fernando: No es nada.

Urbano: Baja al "casinillo". (Señalando el hueco de la ventana.) Te invito a un cigarro. (Pausa.) ¡Baja, hombre! (Fernando empieza a bajar sin prisa.) Algo te pasa. (Sacando la petaca.) ¿No se puede saber?

Fernando: (Que ha llegado.) Nada, lo de siempre... (Se recuestan en la pared del "casinillo". Mientras, hacen los pitillos.) ¡Que estoy harto de todo esto!

Urbano: (Riendo) Eso es ya muy viejo. Creí que te ocurría algo.

Fernando: Puedes reírte. Pero te seguro que no sé cómo aguanto. (Breve pausa.) En fin, ¡para qué hablar! ¿Qué hay por tu fábrica?

Urbano: ¡Muchas cosas! Desde la última huelga de metalúrgicos la gente se syndica a toda prisa. A ver cuándo nos imitáis los dependientes.

Fernando: No me interesan esas cosas.

Urbano: Porque eres tonto. No sé de qué te sirve tanta lectura.

Fernando: ¿Me quieres decir lo que sacáis en limpio de esos líos?

Urbano: Fernando, eres un desgraciado. Y lo peor es que no lo sabes. Los pobres diablos como nosotros nunca lograremos mejorar de vida sin la ayuda mutua. Y eso es el syndicato. ¡Solidaridad! Ésa es nuestra palabra. Y sería la tuya si te dices cuenta de que no eres más que un triste hortera. ¡Pero como te crees un marqués!

Fernando: No me creo nada. Sólo quiero subir. ¿Comprendes? ¡Subir! Y dejar toda esta sordidez en que vivimos.

Urbano: Y a los demás que los parta un rayo.

Fernando: ¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el syndicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ése no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

Urbano: ¿Se puede uno reír?

Fernando: Haz lo que te dé la gana.

Urbano: (Sonriendo.) Escucha, papanatas. Para subir solo, como dices, tendrías que trabajar todos los días diez horas en la papelería; no podrías faltar nunca, como has hecho hoy...

Fernando: ¿Cómo lo sabes?

Urbano: ¡Porque lo dice tu cara, simple! Y déjame continuar. No podrías tumbarte a hacer versitos ni a pensar en las musarañas (...). Y cuando llevases un montón de años haciendo eso, y ensayando negocios y buscando caminos, acabarías por verte solicitando cualquier miserable empleo para no morirte de hambre... No tienes tú madera para esa vida (...).

Fernando: ¿Sabes lo que te digo? Que el tiempo lo dirá todo. Y que te emplazo. (Urbano le mira.) Sí, te emplazo para dentro de... diez años, por ejemplo. Veremos para entonces quién ha llegado más lejos: si tú con tu sindicato o yo con mis proyectos.

Urbano: Ya sé que yo no llegaré muy lejos; y tampoco tú llegarás. Si yo llego, llegaremos todos. Pero lo más fácil es que dentro de diez años sigamos subiendo esta escalera y fumando en este "casinillo"

Fragmento b) del acto I

Carmina: No puedo creerte.

(Intenta marcharse).

Fernando: No, no. Te lo suplico. No te marches. Es preciso que me oigas ... y que me creas. Ven *(La lleva al primer peldaño)*. Como entonces.

(Con un ligero forcejeo la obliga a sentarse contra la pared y se sienta a su lado. Le quita la lechera y la deja junto a él. Le coge una mano).

Carmina: ¡Si nos ven!

Fernando: ¡Qué nos importa! Carmina, por favor, créeme. No puedo vivir sin ti. Estoy desesperado. Me ahoga la ordinariez que nos rodea. Necesito que me quieras y que me consueles. Si no me ayudas, no podré salir adelante.

Carmina: ¿Por qué no se lo pides a Elvira?

(Pausa. Él la mira, excitado y alegre).

Fernando: ¡Me quieres! ¡Lo sabía! ¡Tenías que quererme! *(Le levanta la cabeza. Ella sonríe involuntariamente)*. ¡Carmina, mi Carmina!

(Va a besarla, pero ella le detiene).

Carmina: ¿Y Elvira?

Fernando: ¡La detesto! Quiere cazarme con su dinero. ¡No la puedo ver!

Carmina: *(Con una risita)*. ¡Yo tampoco! *(Ríen felices)*.

Fernando: Ahora tendría que preguntarte yo: ¿y Urbano?

Carmina: ¡Es un buen chico! ¡Yo estoy loca por él! *(Fernando se enfurruña)*. ¡Tonto!

Fernando: *(Abrazándola por el talle)*. Carmina, desde mañana voy trabajar de firme por ti. Quiero salir de esta pobreza, de este sucio ambiente. Salir y sacarte a ti. Dejar para siempre los chismorreos, las broncas entre vecinos ... Acabar con la angustia del dinero escaso, de los favores que abochornan como una bofetada, de los padres que nos abruman con su torpeza y su cariño servil, irracional...

Carmina: *(Repreensiva)*. ¡Fernando!

Fernando: Sí. Acabar con todo esto. ¡Ayúdame tú! Escucha: voy a estudiar mucho, ¿sabes? Mucho. Primero me haré delineante. ¡Eso es fácil! En un año ... Como para entonces ya ganaré bastante, estudiaré para aparejador. Tres años. Dentro de cuatro años seré un aparejador solicitado por todos los arquitectos. Ganaré mucho dinero. Por entonces tú serás ya mi mujercita, y viviremos en otro barrio, en un pisito limpio y tranquilo. Yo seguiré estudiando.

¿Quién sabe? Puede que para entonces me haga ingeniero. Y como una cosa no es incompatible con la otra, publicaré un libro de poesías, un libro que tendrá mucho éxito.

Carmina: *(Que le ha escuchado extasiada)*. ¡Qué felices seremos!

Fernando: ¡Carmina! [...]

Fragmento del acto II

Han transcurrido diez años que no se notan en nada; la escalera sigue sucia y pobre, las puertas sin timbre, los cristales de la ventana sin lavar. El acto comienza con la muerte del padre de Carmina.

Fernando: Ahora entramos un momento y les darnos el pésame.

Elvira: Ya te he dicho que no.

Fernando: Pues antes querías.

Elvira: Y tú no querías.

Fernando: Sin embargo, es lo mejor. Compréndelo, mujer.

Elvira: Prefiero no entrar.

Fernando: Entraré yo solo entonces.

Elvira: ¡Tampoco! Eso es lo que tú quieres: ver a Carmina y decirle cositas y tonterías.

Fernando: Elvira, no te alteres. Entre Carmina y yo terminó todo hace mucho tiempo.

Elvira: No te molestes en fingir. ¿Crees que no me doy cuenta de las miraditas que le echas encima y de cómo procuras hacerte el encontradizo con ella?

Fernando: ¡Fantasías!

Elvira: ¿Fantasías? La querías y la sigues queriendo.

Fernando: Elvira, sabes que yo te he...

Elvira: ¡A mí nunca me has querido! Te casaste por el dinero de papá. [...] *(Llegan al descansillo)*.

Fragmento del acto III

Pasaron velozmente veinte años más. Es ya nuestra época. La escalera sigue siendo una humilde escalera de vecinos [...] Las puertas han sido dotadas de timbre eléctrico, y las paredes, blanqueadas. (Entre otros sucesos CARMINA y URBANO se han casado).

[...] *(Fernando baja tembloroso la escalera, con la lentitud de un vencido. Su hijo, Fernando, lo ve cruzar y desaparecer con una mirada de espanto. La escalera queda en silencio. Fernando, hijo, oculta la cabeza entre las manos. Pausa larga. CARMINA, hija, sale con mucho sigilo de su casa y cierra la puerta sin ruido. Su cara no está menos descompuesta que la de Fernando. Mira por el hueco y después fija la vista, con ansiedad, en la esquina del "casinillo". Baja tímidamente unos peldaños, sin dejar de mirar. Fernando la siente y se asoma)*.

Fernando, hijo: ¡Carmina! *(Aunque esperaba su presencia, ella no puede reprimir un suspiro de susto. Se miran un momento y en seguida ella baja corriendo y se arroja en sus brazos)*. ¡Carmina!

Carmina, hija: ¡Fernando! Ya ves ... Ya ves que no puede ser.

Fernando, hijo: ¡Sí puede ser! No te dejes vencer por su sordidez. ¿Qué puede haber de común entre ellos y nosotros? ¡Nada! Ellos son viejos y torpes. No comprenden ... Yo lucharé para vencer. Lucharé por ti y por mí. Pero tienes que ayudarme, Carmina. Tienes que confiar en mí y en nuestro cariño.

Carmina, hija: ¡No podré!

Fernando, hijo: Podrás. Podrás... porque yo te lo pido. Tenemos que ser más fuertes que nuestros padres. Ellos se han dejado vencer por la vida. Han pasado treinta años subiendo y bajando esta escalera ... Haciéndose cada día más mezquinos y más vulgares. Pero nosotros no nos dejaremos vencer por este ambiente. ¡No! Porque nos marcharemos de aquí. Nos apoyaremos el uno en el otro. Me ayudarás a subir, a dejar para siempre esta casa miserable, estas broncas constantes, estas estrecheces. Me ayudarás, ¿verdad? Dime que sí, por favor. ¡Dímelo!

Carmina, hija: ¡Te necesito, Fernando! ¡No me dejes!

Fernando, hijo: ¡Pequeña! *(Quedan un momento abrazados. Después, él la lleva al primer escalón y la sienta junto a la pared, sentándose a su lado. Se cogen las manos y se miran arrobados)*. Carmina, voy enseguida a empezar a trabajar por ti. ¡Tengo muchos proyectos! *(Carmina, la madre, sale de su casa con expresión inquieta y los divide, entre disgustada y angustiada. Ellos no se dan cuenta)*. Saldré de aquí. Dejaré a mis padres. No los quiero. Y te salvaré a ti. Vindrás conmigo. Abandonaremos este nido de rencores y de brutalidad.

Carmina, hija.: ¡Fernando!

(Fernando, el padre, que sube la escalera, se detiene, estupefacto, al entrar en escena).

Fernando, hijo: Sí, Carmina. Aquí sólo hay brutalidad e incomprensión para nosotros. Escúchame. Si tu cariño no me falta, emprenderé muchas cosas. Primero me haré aparejador. ¡No es difícil! En unos años me haré un buen aparejador. Ganaré mucho dinero y me solicitarán todas las empresas constructoras. Para entonces ya estaremos casado... Tendremos nuestro hogar, alegre y limpio ... lejos de aquí. Pero no dejaré de estudiar por eso. ¡No, no, Carmina! Entonces me haré ingeniero. Seré el mejor ingeniero del país y tú serás mi adorada mujercita...

Carmina, hija: ¡Fernando! ¡Qué felicidad!... ¡Qué felicidad!...

Fernando, hijo: ¡Carmina!

(Se contemplan extasiados, próximos a besarse. Los padres se miran y vuelven a observarlos. Se miran de nuevo, largamente. Sus miradas, cargadas de una infinita melancolía, se cruzan sobre el hueco de la escalera y sin rozar el grupo ilusionado de los hijos).